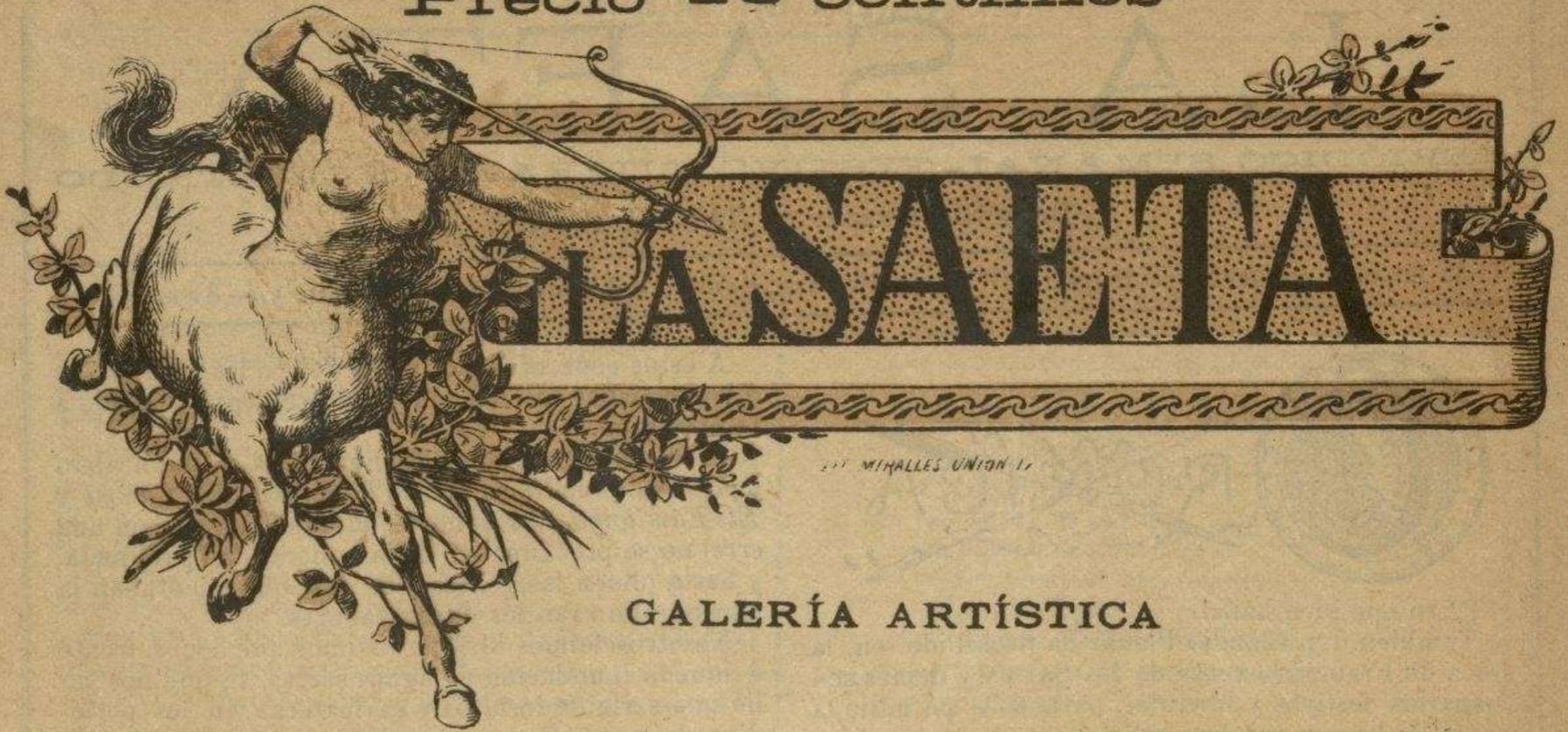


Precio 15 céntimos



GALERÍA ARTÍSTICA

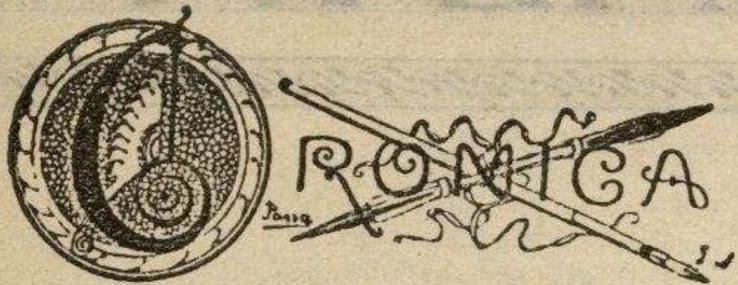


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



¡Otro que bien baila!

También don Claudio Planás ha prohibido en la línea de Francia la venta de LA SAETA y demás semanarios festivos y liberales, para solo permitir la venta de los semanarios carlistas.

LA SAETA tiene por lo tanto dos líneas interceptadas.

El marqués de Comillas nos tritura en la del Norte y el señor Planás en la de Francia.

¡Ah! Si esos señores se cuidasen tanto de los intereses de sus accionistas como se cuidan de los semanarios, otro gallo les canta a á esos infelices!

Pueden dormir tranquilos los que tienen acciones en la Trasatlántica ó en el ferro-carril de Francia; ellos no cobrarán un céntimo, pero están seguros de que los pasajeros que vayan por esas líneas no se contaminarán leyendo el *Madrid Cómico*, *La Esquella*, LA SAETA, etc. etc.

Es un consuelo eso de saber que uno no ha de cobrar su dinero, pero que al menos trabaja indirectamente y como quien dice á la fuerza por la salvación de las almas.

Quisiéramos haber hecho (y esto de hecho no lo tomen ustedes á mala parte) los millones que han adquirido en los ferrocarriles ciertos personajes que ayer eran unos pelagatos y hoy tienen palacios en el Paseo de Gracia que cuestan millones y millones, y que en el adorno de una habitación se gastan solo veinte mil duros, para aplaudir al señor Planás por las últimas medidas que ha tomado contra la prensa semanal.

Si á estos ricos improvisados les da á última hora por meterse con la prensa aviados van á estar.

Si yo conociese ó me tratase con los directores de los demás semanarios de Barcelona, les propondría una campaña constante contra esas dos líneas citadas ¡Por que, cuidado! si hay tela cortada!

Yo lanzo la idea al aire en la seguridad de que si alguno la aprovecha yo formaré á su lado.

Mientras tanto, yo seguiré pirando en este asunto, que me va interesando.

¡Planá! ¡Comillas!... ¿No se anima usted, señor Girona? ¿Y usted, señor don Camilo Fabró?

Vamos á ver, reúnanse toda la Sinagoga y ¡su! ¡a la luz contra los semanarios!

Y á propósito.

Se ha establecido, según leo en los periódicos, una liga contra la inmoralidad, presidida por un marqués y millonario (la liga, no la inmoralidad).

De ella forman parte, según se nos dice, los señores Sotolongo, Planás y otros apreciables caballeros, y tiene por principal objeto combatir á la prensa pornográfica.

A estos conservadores neocatólicos les pasa lo que á los guardias valenas, que siempre llegaban tarde á la procesión.

Precisamente cuando en Barcelona se publicaban aquellas inmundicias que se llamaban *El Chisme* y *El Fandango*, los señores morales esos (con una erre) no se preocupaban de la inmoralidad para nada, y hasta dicen las gentes que los que alentaban la pornografía eran los conservadores.

Nosotros fuimos los que tuvimos que hacer frente á aquella inundación de aguas sucias, lo que nos valió una serie de insultos y caricaturas en los periódicos pornográficos.

La opinion pública se encargó de matar tanta indecencia no comprando aquella clase de papeles.

Y ahora que el público ha acabado con la pornografía vie en los Comillas, Planás, Sotolongos y demás excelentes personas á combatir un fantasma, y dicen que somos pornográficos *La Campana*, *La Semana*, *El Madrid Cómico*, *La Esquella*, *La Tramontana*, LA SAETA y todos los demás semanarios.

¡Pero esa gente cree que leer periódicos es hacer dinero! ¿Quién les ha dicho que no hay más semanarios decentes que los carlistas? Algun cura, de fijo.

Por lo que á LA SAETA toca, la liga de la moralidad la puede contar á su lado, pues somos por sistema enemigos de lo libidinoso. Pero bueno es saber también la vida y milagros de los que están al frente de esa liga y confunden tan lastimosamente los términos.

Acaso entre la numerosa junta de la moralidad haya algun corruptor de menores, algun viejo verde, algun joven licencioso.

¡Porque se ven en el mundo tantas cosas! ..

En las fortificaciones de París, puerta de la Villete, había un género de diversión que todavía no conocemos en España.

Existía allí una empresa que contratava infelices con el objeto de que sirviesen de cabeza de turco al público ilustrado.

¿Era usted un desgraciado, por ejemplo, que no tenía que comer? Pues la empresa le mantenía á usted, exigiéndole solamente que pusiese la cara para recibir bofetadas.

Estas las hacía pagar la empresa á diez céntimos cada una, de modo que cualquier malvado y canalla podía impunemente y por un par de pesetas llenar el rostro de trompadas á aquellos desgraciados que no tenían otra manera de vivir.

Efecto de este *artístico trabajo* ingresaron algunas víctimas en los hospitales, porque cierta parte del público había tomado gusto á la diversión.

En estos ratos se ve pintada la parte negra de la humanidad.

Yo castigaría todavía menos al miserable empresario que á la fiera en figura de hombre que iba á dar sopapos á diez céntimos uno, en la seguridad de que el que los recibía no se los había de devolver.

¡Y esto sucede en pleno siglo XIX! ¡Y en la *villemumiere*!

Ea, prefiero a mi querida España con sus chulos

y sus landidos generosos.

Ninguno de ellos se rebajaría á pegar á un pobre indefenso.

* * *

Un sabio ha venido á demostrar en los periódicos que los peces no sienten: el dolor físico les es desconocido.

¿Ven ustedes un pez lleno de heridas y con la boca ensangrentada por el anzuelo? Pues es lo mismo que si le echasen confites.

Este descubrimiento ha venido á llenar de alegría á las almas sensibles. Yo soy uno de estos chiflados. No cazo por no matar pájaros, y como soy algo aficionado á pescar, me apenaba ver sufrir á los abortos de ovas y llamas, que dijo el otro. Hoy ya estoy más tranquilo.

Al pescar un salmonete, ó un *barat*, ó una pescadilla, estoy seguro de no molestarles en lo más mínimo. Si se tratase de ese pez que se llama hombre acaso no tendría tantos sensibles escripulos.

En fin, bueno es saber que los peces de la mar salvada no sufren materialmente.

En esto se parecen á los peces terrestres, aunque tuvieran alguinos.

Véase á los prohombres conservadores. ¿Han sufrido ni una mala calentura?

ELIDAN.

MURMURACIÓN CASERA

—Nicolasa, que hoy es martes.

—Sí, señorita..

—Es preciso arreglar un poco el piso de la sala en varias partes.

—Pero no hay necesidad...

—¿Qué torpe eres!

—Sí, lo soy.

—¿Pero no sabes que hoy damos un baile?

—Es verdad.

—Y estando así, ¿ya se vé! no se puede dar un paso. Pues ninguno para el caso como mi novio.

—¿Sí, eh?

—Sí, señora, es albañil.

Le aviso y viene volando

—¿Con que novio? ¿Desde cuándo?

—Des le primeros de abril.

No quiso dejarme en paz hasta que le dije «bueno» en *El Trueno*.

—¿Qué es el trueno?

—Un baile de *sociedad*.

Yo, al principio, no quería, ¿sabe usted? pero no es cosa de que una sea dengosa sin qué ni pa qué, y un día yo tenía mucha sed y él, que estaba allí *sentao* bebiendo agua con *bolao* fué y me dijo: ¿Gusta usted? Y... no es una de madera... y aquella gracia que tiene... ya le verá usted si viene á arreglar esta perrea.

—¿Nicolasa!

—Señorita,

¡Si está media habitación hecha econ brosl!

—Escúton

los clicos de doña Rita.

Dos niños zangolotinos

más revoltosos y más...

¡Pues anda, que trae don Blas también un par de sobrinos!...

—Sí, capaces de comer

y llevarse en los bolsillos

todos los azucarillos

habidos y por haber.

—Y perder las cucharillas

y alborotar y enfadarse...

¡pues mira tú que al sentarse!..

¡qué traqueteo de sillas!

Y aunque les digan:—«¡Cuidado,

por Dios! no arrimen ustedes

las patas á las paredes»—

ya ves como lo han dejado.

—Yo no sé porqué el señor

se empeña en dar reuniones.

—Por buscarme proporciones.

—¿Sí, eh?

—Y está en un error,

porque de estos bailecitos

caseros, no salen bodas,

salen novios para todas

pero ¡que novios! ¡Maldi'os!

Ya ves, yo he tenido tres

y... nada; ¡ni tanto así!

Al que me queda le ví

en la Moncloa hace un mes

y es mejor. Los que prefieren

los paseos solitarios

son amantes, visionarios,

y son los que más nos quieren...

¡El mío es poeta!

—¿Sí?

—De los que mientan los cielos,

las flores, los arroyuelos...

¡Vaya! un poeta ¡hasta allí!

—Y ¿qué es eso?

—Un hombre listo

que habla en verso de mil cosas,

diamantes, ángeles, diosas...

en fin, de lo que no ha visto.

El, con un par de cuartetas

da que hablar al mundo entero.

—Pues eso valdrá dinero.

—Poco; ¡dos ó tres pesetas!

Porque el mundo es muy cerril

y no le comprende ¿estás?

—Vamos, sí; que vale más

el mío, ¡y es albañil!

SINESIO DELGADO

UN NIÑO QUE PROMETE

Julia y su marido Alberto habitan una magnífica posesión cerca de Madrid. Aljados del bullicio de la alegre capital de España, viven tan tranquilos como dichosos. Julia y Alberto tienen un hijo encantador, el cual sigue sus estudios en un colegio de Madrid. Durante las vacaciones de Pascua, el joven Gustavo abandona las aulas y corre presuroso al lado de sus queridos padres. Allí permanece hasta que terminan las fiestas, en cuyo momento vuelve á penetrar en el sagrado recinto de la ciencia.

La ocasión es la más oportuna para dar á conocer las excelencias del joven Gustavo, puesto que precisamente hace hoy ocho días que le tenemos en la pintoresca quinta de su papá.

* * *

LA SAETA

DONDE IREMOS Á PARAR



Moda de verano.
Si los calores apretasen, iremos á parar á los tiempos
piblicos, antes de comer la manzana.



- Figúrese V., Fernanda, que ayer se estaba ahogando su amiga Mercedes, y fui yo y la eché esta mano. ¿Qué se figuró ella?..

- Que era un pulpo ¿no es verdad?

Julia á su marido:

—¡Si supieras, Alberto, qué des os tengo de que terminen las vacaciones!

—¿Por qué? ¿Acaso Gustavo te da malos ratos?

—¡No le puedo sufrir!

—¿De veras?

—¡Nuestro hijo es un diablillo! Lo rompe todo; todo lo estropea, y á su edad tal trave ura no es discu'pable.

—Pero, mujer, ¡si apenas cuenta trece años!

—¡Casi un hombre!

—Ello es preciso que se ocupe en algo.

—Sí, pero sus ocupaciones nos cuestan un ojo de la cara.

—¿Pues qué ha hecho?

—En primer lugar ha volado media tapia del jardín haciendo una mina y prendiéndola fuego.

—¿Qué oigo? ¿Mi hijo se entretiene en construir minas?... Esto me llena de orgullo. Haremos de él un buen ingeniero.

—Además ha pintado en caricatura á sus profesores en las paredes de la sala.

—Yo veré si estos dibujos están bien hechos; quizá tenga aptitud para la pintura. En tal caso le pondremos en la academia de Bellas Artes. ¡Cuánto me alegraría verle convertido en un gran artista!

—Amigo mío, tú debías reñir á Gustavo. Mira, aquí viene.

Gustavo.—Buenos días, papá.

Alberto.—Gustavo, acércate; tengo que hablarte.

Gustavo.—¿Qué quieres, papaito?

Alberto.—¿Por qué dibujas sobre las paredes de la sala?

Gustavo.—Por distraerme.

Alberto.—¡Ah! Entonces ya es otra cosa.

Julia.—¿Y es así como le riñes?

Alberto.—¿Qué quieres? Es preciso hacer la vista gorda con un joven que ha ganado el primer premio en el curso de latín.

Julia.—Con tus primeros premios estoy segura que le dejarás hacer cuanto quiera. Se volverá un pillastre, sí, señor.

Dichos y el jardinero.

—¡Señor, señor! ¡Esto esto es una heregía, una lástima!

Alberto.—¿Qué sucede?

—Que el señorito Gustavo ha hecho beber á los carajos vino de Champagne con un biberón, y vea usted en qué estado tan lastimoso se hallan.

Julia.—¿Es posible?

Alberto.—¡Cielos! ¡Mis canarios borrachos!

—Debo advertir á usted, señor Alberto, que entre ellos había cuatro de mi pertenencia.

Alberto.—Bueno. Se te pagarán.

—Cuatro canarios á cuarenta reales, son ocho duros y medio.

Alberto.—¡Demonio!

Gustavo.—No tal. Son ocho duros justos.

Alberto.—¡Es verdad! Mi hijo tiene razón. ¡Qué ilustrado! Sin Gustavo este jardinero me saca diez reales más.

Julia.—¡Y bien! ¿Qué dices á esto?

Alberto.—Digo que voy á pagar los ocho duros. Espero, Gustavo, que no lo volverás á hacer.

Gustavo.—No, papá, pero dame una peseta.

Alberto.—Tómala en premio de tu instrucción.

Gustavo.—(Al jardinero)—¿Qu'eres prestarme un servicio y te ganas los cuatro reales?

Jardinero.—De muy buena gana.

Gustavo.—Pues lleva esta carta á la señora que vive en esta quinta próxima. ¡Ah! Y cuida no dársela delante de su marido.

Jardinero.—Comprendo.

Gustavo.—Ahí va la carta... y la peseta

Alberto.—¿Qué haces, hijo mío?

Gustavo.—Sigo traduciendo el latín.

Alberto.—¿Qué estudioso! ¡Y luego quiere su madre que le riña!

Dichos y don Basilio.

Basilio.—¿En dónde está? ¿En dónde está ese infame?

Alberto.—¿Quién?

Basilio.—El señor García...

Alberto.—¿García? Yo soy, caballero.

Basilio.—¿Usted? ¡Pues es usted un miserable!

Alberto.—¿Qué significa?...

Basilio.—Significa que he sorprendido su carta y que uno de los dos sobra en el mundo.

Alberto.—¿Mi carta?

Basilio.—Sí señor. La que acaba usted de mandar á mi mujer con el jardinero.

Alberto.—¡Calla! Llévame de mi hijo.

Basilio.—¿Eh? ¿Su hijo de usted?

Alberto.—Sí tal: de este chico que usted ve.

Basilio.—¡De este mocosuelo!

Alberto.—¿Y qué dice? ¡Oh! ¡Qué esadial!... (Magnífico estilo. Mi hijo será un escritor notable.)

Gustavo.—Yo escribí esa carta con la mayor inocencia; quería saber si don Basilio era celoso... Todo fué pura broma.

Alberto.—¿Lo ve usted, amigo mío? Mi hijo se dedica mucho á estudiar el corazón humano. Va á ser un gran filósofo...

Basilio.—Pues mire usted. Que no vuelva á estudiar el mío de ese modo, porque se expone á perder algún hueso.

Dichos y un guarda.

Guarda.—¿Don Alberto García?

Alberto.—Servidor de usted.

Guarda.—Vengo á prender á su hijo Gustavo.

Alberto.—¿A mi hijo? ¿Por qué?

Guarda.—Porque ayer incendió todo el viñedo próximo.

Alberto.—¡Gran Dios! ¿Es cierto?

Gustavo.—No tuve yo la culpa. Disparé en las viñas varios petardos, y como todas ellas estaban cubiertas de azufre, se prendió fuego... ¿Por qué llenan de azufre las viñas?

Guarda.—Para estirpar el *oidium*.

Gustavo.—Entonces es una injusticia, llevarme preso. Si se trataba de estirpar el *oidium*, yo acabo de estirparlo por completo. ¿A que no vuelven á tener *oidium* esas viñas?

Alberto.—Mi hijo lleva razón; y si el gobierno fuese justo comprendería muy bien que su acción merece una recompensa nacional...

L.

KURDÓPOLIS

—Pero, hombre, vete ya á casa.

—Dame aguardiente primero...

Y también primero, vino.

—Si ya estás borracho.

—Bueno.

Trae una copa de aguardiente

Que aquí tengo yo dinero
Para pagarla.

—No hay copa.

—¿Nó? Pues trae un vaso lleno.
Es lo mismo.

—Estás borracho.

—¿Qué me has dicho tabernero?

¿Borracho? ¿Borracho yo?

Si no fuera por que veo

Dos taberneros, ¡mecáchis!

Te espachurraba al momento.

—¡Eh! ¡que te vás á caer!

—¡Pues no está temblando el suelo!

No tiembles tierra, no tiembles...

No me tengas tanto miedo!

Tú, dame vino.

—No hay vino.

—¿Que no tienes vino? Bueno.

Dame aguardiente.

—No queda.

—¿Nó? Pues dame vino.

—¡Cuernos!

Vete ya á casa si quieres

Que voy á cerrar, mostrenco.

—Oiga V. A las presonas

Se habla con más miramento,

Máxime más si estas son

Como yo, mu buen sujeto,

Y vienen á la taberna

A beber sin otro *ajepto*.

—Pues entonces, señor mio,

Con muchísimo respeto

Le digo á V. que se vaya.

—Mu bien dicho, *cabayero*.

Eso es hablar con política

Y así quiero yo que hablemos.

Trae vino.

—¡Rediós! No queda.

—Pus aguardiente.

—¡No tengo!

—¡Tú no tienes ná! Me paice

Que lo haces por el dinero.

¡Como si yo no tuviera!

No te apures tú por eso

Que yo tengo en *efectivo*

Cuatro reales por lo menos...

¡Calla! Están dando las doce...

Tengo que *dirme*... y lo siento

Pus quería emborracharme

Y me habré de *dir* sereno...

Mi mujer me está esperando,

Me está esperando durmiendo

Pa recibir la paliza,

Que ya la echará de menos...

¿Qué va á decir mi mujer

Si esta noche no le pego!

—Vaya, pues muy buenas noches.

Mu guenas, señó D. Pedro.

Yujuy! Como rueda todo!...

Dispense V., *cabayero*;

Le he pisado sin querer.

Calla! Tu eres *el Almendro*.

—¿Qué almendro ni qué alcornoque!

Deja que pase al momento

Pues tengo prisa, borracho.

—¿Borracho yo? *Cabayero*,

Reflexione V. y sepa

Que si V. no es *el Almendro*,

Yo tampoco soy borracho.

¿Está V.?

—Yo no.

—Me alegro.

Vaya, *agur*? No me contesta?

—Que se vaya V. al infierno.

—Por más que busco mi casa

Maldito si yo la encuentro.

Ahora sabré donde está.

Sereno!

—Allá voy.

—Sereno!

—¿Qué quieres hombre, qué quieres?

—Busca una puerta al momento

Que venga bien á esta llave.

Me estoy cayendo... de sueño.

—¡Buena la has cogido, buena!

Esta de hoy vale por ciento.

—Como todas las que cojo

Sobre poco más ó menos.

—Anda, á dormir! Entra en casa.

Entra hombre que ya he abierto.

—Oye, ¿es verdad que Sagasta...

—Es verdad, más vete dentro.

—¿Esta es mi casa? Si; es esta,

Pero me he caído al suelo

Y no hay Dios que me levante...

Vaya, aquí cogeré el sueño...

¡Si se acercara mi cama!...

Pero... ahora que me acuerdo;

Aun no he *pegao* á mi esposa

Y debo pegarle... debo...

Levantémonos... á una...

A dos... á tres... Otro esfuerzo

Me falta *pa* levantarme!

¡Allá voy! ¡up! *Na*; no puedo...

Pero yo no estoy borracho.

¿Si me habré *pegao* al suelo?

¡Qué paliza llevas, Juana,

Si es que me levanto... y puedo!...

Porque la *verdá*, señores,

La *verdá*... me estoy durmiendo...

Pero no .. no estoy borracho...

Esto es natural... *el sueño*!...

ANTONIO SERRA.

UN CARÁCTER DÉBIL

Doña Juana Pantalón es la adorada mitad de don Alfonso Pajarete, ó don Alifonso, como le llama la criada.

Doña Juana Pantalón justifica su apellido con exceso, pues ella es la que lleva los pantalones en casa. Su pobre esposo no llega á su lado ni á la categoría de calcetín.

Él es corredor, y como es honrado é inteligente, tiene una excelente parroquia en el comercio.

Eso sí, todo lo que gana se lo lleva á Juana, sin faltar un céntimo siquiera.

—Mira, Juanilla, aquí tienes setecientos cinco pesetas cincuenta y tres céntimos del corretaje aquel de azúcar y cacao que hice el mes pasado.

—Venga.

—Ahora si me hicieras el favor de darme una pesetilla.

—¿Para qué?

—Para comprar una cajetilla de cuarenta céntimos é ir á tomar café, que hoy tengo un principio de jaqueca.

—¡Cajetillas de cuarenta céntimos! ¿No las hay más baratas?

—Sí; pero no me quiero suicidar, á Dios gracias.



¿NO PICA?

—Buenc; decimos: cuarenta céntimos de una ca-
jetilla y veinticinco del café hacen sesenta y cinco
céntimos; toma la peseta y ya me traerás á la noche
los treinta y cinco que sobran.

Y á esto estaba reducido don Alfonso.

Ganaba mucho dinero, se lo daba á su esposa y él
no veía más que los céntimos.

¡Y es que la tenía miedo! ¡Pero qué miedo, seño-
res!

Doña Juana era el perro de la casa, tenía las lla-
ves, lo pagaba todo.

Su esposo que traía los duros á centenares era un
nadie.

¡Y si al menos su mujer le hubiese mantenido
bien!

No, señor. En casa de don Alfonso se comía bacalao
pescado á principios del siglo, judías del 54 y
garbanzos prehistóricos.

El corredor tenía buen diente y todo se lo traga-
ba, quedándose muchas veces con hambre.

—Hijita—la solía decir—¿no notas que comemos
muchos días seguidos bacalao?

—Aguárdate un poco que te voy á comprar per-
dices y faisanes.

—Si al menos lo pusieses abundante...

—¡Cómo! ¿te comes en una comida media *bacalada*
y todavía no estás contento?

—No es eso, Juanilla; es que mi estómago es muy
exigente.

A don Alfonso, siempre noble y generoso, no se
le pasaba por la imaginación gastarse en su regodeo
corporal tres pesetas, pagándose, por ejemplo, una
comida de fonda.

Un día encontró á un amigo de la niñez, á quien
no había visto hacía veinte años.

En el descargó su pecho contándole sus cuitas,
diciéndole que su mujer no le daba un cuarto y que
estaba condenado á bacalao perpétuo.

El amigo se hizo cruces.

—¿Cómo? ¿ganando tanto dinero como ganas su-
fres esc?

—Es porque me espanta mi adorada mitad.

—¿Se entera ella de tus operaciones? ¿Lee tus li-
bros?

—No. Si apenas sabe leer...

—Pues eres un tonto de capirote. ¿Para qué en
vez de decir que has ganado cien pesetas, por ejem-
plo, no dices que has ganado ochenta, y te quedas
con veinte para comer en la fonda?

—¡Hombre! Tienes razón. En veinte años de ca-
sado no se me había ocurrido todavía.

Don Alfonso desde aquel momento puso en prác-
tica el consejo del amigo.

—Juanita, toma doscientas pesetas de un corre-
taje.

Y se guardaba cien para él.

En las comidas apenas probaba bocado el señor
de Pajarete.

—No comes—decía ella— ¡y sin embargo, cada día
te veo más gordo!

Y era porque el pillín del corredor hacía como que
comía, y enseguida iba á una fonda donde se había
abonado á hartarse de buenas viandas y de esquisi-
tos vinos.

Las cosas duraron así por espacio de dos años.

El corredor satisfecho, y su mujer guardando el
dinero y haciendo economías sobre el alimento.

Un día ¡día nefasto! se presentó un mozo en casa
de don Alfonso mientras éste se hallaba fuera.

Su esposa le recibió.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Vengo á traer esta cartera con algunos docu-
mentos que ayer se le olvidó á su esposo de usted
la fonda.

—¿En la fonda? ¡Imposible!

—Sí, señora, en la fonda.

—¡Pero si él come en casa!

—Eso sí que no es verdad. Hace muchos meses
que tenemos el placer de contarle entre el núme-
de nuestros más asíduos parroquianos.

—¡Quite usted allá, trapalón!

En esto llegó Pajarete.

—Tú, dijo la Pantalón:—mira lo que dice este
mozo, que vas todos los días de fonda.

—¿Y por qué lo había de negar?—añadió el mozo.

Don Alfonso, que se vió descubierto, cay-
dado sobre un sofá.

El mozo, que presintió una borrasca, se marchó
dejando lo cartera.

—¡Con que es verdad!—dijo con tono trágico la
esposa usurera.

—Sí, monona, es verdad; pero tenía tanta ham-
bre...

—¿Y las judías, bandido? ¿Y el bacalao, asesino?
¿Y las patatas, criminal? ¿No es suficiente eso para
alimentar á una persona?

—¡Qué quieres!

—¡Eres un vil ladrón! Desde mañana iré yo á co-
brar las facturas.

Y desde este día don Alfonso ha vuelto al régimen
de la comida barata, mientras su apreciable esposa
sube y baja cuarenta escaleras al día para cobrar
las cuentas de los corretajes.

Sin embargo, todavía le suele *timar* alguna el se-
ñor de Pajarete, y el día que cobra un corretaje de
que no ha dado cuenta á su señora, aquel día se está
comiendo en la fonda tres horas seguidas y se des-
quita para un mes.

DANIEL ORTIZ

CHULAPERÍAS

UN VALIENTE

—Güenas tardes ¿está Luis?

—En este instante se acaba
de marchar ¿Qué le quería?

—Pus decirle dos palabras,
ú tres, ú cuatro al oído,
porque me ha dao mucha rabia
que sabiendo como él sabe
que yo sobro el que me falta,
y que yo soy mu honrao,
y que tengo circunstancias
pa alternar con los marqueses
y los duqueses y .. ¡vaya!
¿le paece á usté que está bien
que sin más ni más se haiga
su hijo de usted atrevió
á ponerme á mi la cara
colorá?

—¿Pero por qué?

—Porque ha metió la pata
sacándome en los periódicos
como si yo fuera un randa,
ó un pirante

—Vamos, hombre,
la cosa no vale nada
ni merece incomodarse...

—¿Que no lo merece? ¡anda!

¿Con que me ha dicho con letras

de molde que soy un mándria
y entoavía qui re usté
que no me enfade? ¡De ganas!
En cuanto que le diquele
le voy á soltar dos papas
que le voy á volver loco.
—Tiene usted muy poca gracia
y mucho miedo.

—¿Yo miedo?

—Sí señor; y si me cansa
mucho, para que otro día
no venga usted con bravatas,
yo misma aunque soy mujer
voy á coger una estaca
y á echarle á usted de aquí á palos
por sinvergüenza

—¡Caramba!

dispense usted y no se enfade;
yo no quería faltarla
(creí que tendría miedo lo,
pero hay que llamarse an lana
porque sino esta mujer
de seguro que me casca)

Mu güenas tardes, señora.
—Vaya usted enhoramala.

VALENTIN MOURO

¡TODO ES MENTIRA!

Don Dimas recibe una esquela mortuoria en la que le anuncian el fallecimiento de un amigo suyo muy querido, según el dice; sumamente rico y propietario de ocho ó diez casas en Madrid.

Con antelación á esto, ha comprado un billete para una gran corrida de toros, que debe celebrarse el mismo día y casi á la misma hora que el sepelio de su amigo.

La contrariedad, pues, es grande.

Voy á trasladarme al interior de Don Dimas, con permiso de mis respetables lectores, para darles cuenta de lo que por él pasa desde el momento que recibe la esquela.

Al acostarse, encarga á su criado, que le saque y cepille la ropa negra, cuidando de llamarle á las diez de la mañana siguiente..... Y aquí empiezan los sufrimientos.....

—¿Cómo voy yo á ir—se decía Don Dimas—á las dos cosas á un tiempo? El entierro es á las dos y la corrida á las tres: es verdad que me queda una hora por enmedio; pero ¡cál esa gente que vá á dar el pésame es tan *majadera* que se está aparentando un disgusto que no siente, y es casi seguro que saldremos de allí, media hora más tarde.

¡Yo me podría despedir en la Puerta de Toledo, pero..... ¿qué dirán si me ven luego en los toros? y por otra parte, la corrida... el dinero gastado... ¡qué situación!

Y en medio de estas cavilaciones, se quedó dormido nuestro protagonista, hasta la mañana siguiente que entró á despertarle su doméstico:

—¡Señuritu, que son las diez!—grita el bárbaro gallego.

—Bueno, hombre, bueno—contesta Don Dimas, y sentándose de pronto en la cama, pregunta á su servidor:—Oye Ramón ¿qué harías tu en mi lugar, si te invitasen á un entierro, y tuvieras al mismo tiempo el billete de los toros en el bolsillo?

—Pues ir á las dos sitios! Nu es inconveniente.

—Es... que el entierro y la corrida son á la misma hora.

—Ah! Pues entonces le daría el billete á mi criado y me iría á acompañar al muerto.

—Animal!—exclama exasperado Don Dimas.

—Es mi parecer, señor!

—Vete, y prepárame el almuerzo.

Márchase Ramón, y el señor se dispone á vestirse.

Al poco rato se sienta á la mesa y almuerza como un Heliogábalo, diciendo para sí, en medio del mal humor que le embarga:

—¿Pero... porqué no se había de haber muerto ese imbécil antes de ayer ó mañana, y no ayer precisamente?

Acaba de almorzar y se vá al café como de costumbre.

Allí se encuentra con sus contertulios, los cuales le preguntan si ha tenido noticias de la muerte de su amigo:

—Sí, y crean ustedes—responde Don Dimas—que tengo un verdadero sentimiento... ¡Pobre Antonio, qué buen amigo era!

Se habla de muchas cosas, preponderando siempre el desenlace de la enfermedad de Don Antonio, y encomiando las dotes que adornaban á éste.

Da la una y media, Don Dimas se despide de sus amigos: sale á la calle, y toma un coche dirigiéndose á la casa mortuoria. Llega allí, saluda á la viuda, la manifiesta su más profundo sentimiento por la reciente desgracia, y penetra al poco rato en la sala, convertida en capilla ardiente, donde yace el inanimado cuerpo de Don Antonio. En aquellos momentos no piensa más que en *Lagartijo*, en el ganado que ha de lidiarse aquella tarde, y sin embargo aparenta estar muy abatido.

Dan... las dos, y... todavía no han llegado todos los convidados. Don Dimas, murmura para sus adentros en el colmo de la desesperación, no sin sacar á cada momento del bolsillo del chaleco, un precioso *remontoir* de oro, por cuya esfera marchan las manecillas, señalando la proximidad de la corrida.

—¡Las dos y cuarto y... todavía no nos vamos!—se dice—¡cál ya no tengo tiempo: porque... antes tengo que ir á mudarme de ropa.

Dan las dos y media, y el ataúd es bajado al coche fúnebre: el acompañamiento ocupa sus carruajes, y Don Dimas ocupa como es natural, el suyo.

A las tres, poco más ó menos, llegan á la Puerta de Toledo, donde había decidido despedirse, y así lo hace, dando orden al auriga, de que le conduzca enseguida á su casa. Una vez en ella, se puso el traje *taurino*, si se me permite esta expresión, y al poco rato vuelve á ocupar el carruaje;

—¡A la plaza! Al galope!—dice en voz alta al cochero.

Partió el coche como una centella (si centella puede llamarse á un mal rocín, de los que suelen engancharse en los simones madrileños) y á las tres y media entraba Don Dimas en el tendido.

Una vez allí todo fué expansión y alegría.

Dejo á nuestro protagonista en su diversión, tomo un coche, me dirijo al cementerio, y todavía alcanzo á presenciar un espectáculo triste y en extremo conmovedor.

En el mismo momento en que Don Dimas se divierte, recibe sepultura el cadáver de Don Antonio, por quien momentos antes había aparentado aquel un gran sentimiento y á quien, unas horas antes en el café, recordaba como uno de sus mejores amigos.

A los pocos días es invitado Don Dimas, que es un

CURA RADICAL



Dijole el médico que con el ejercicio del velocipedo se le quitaría el reuma



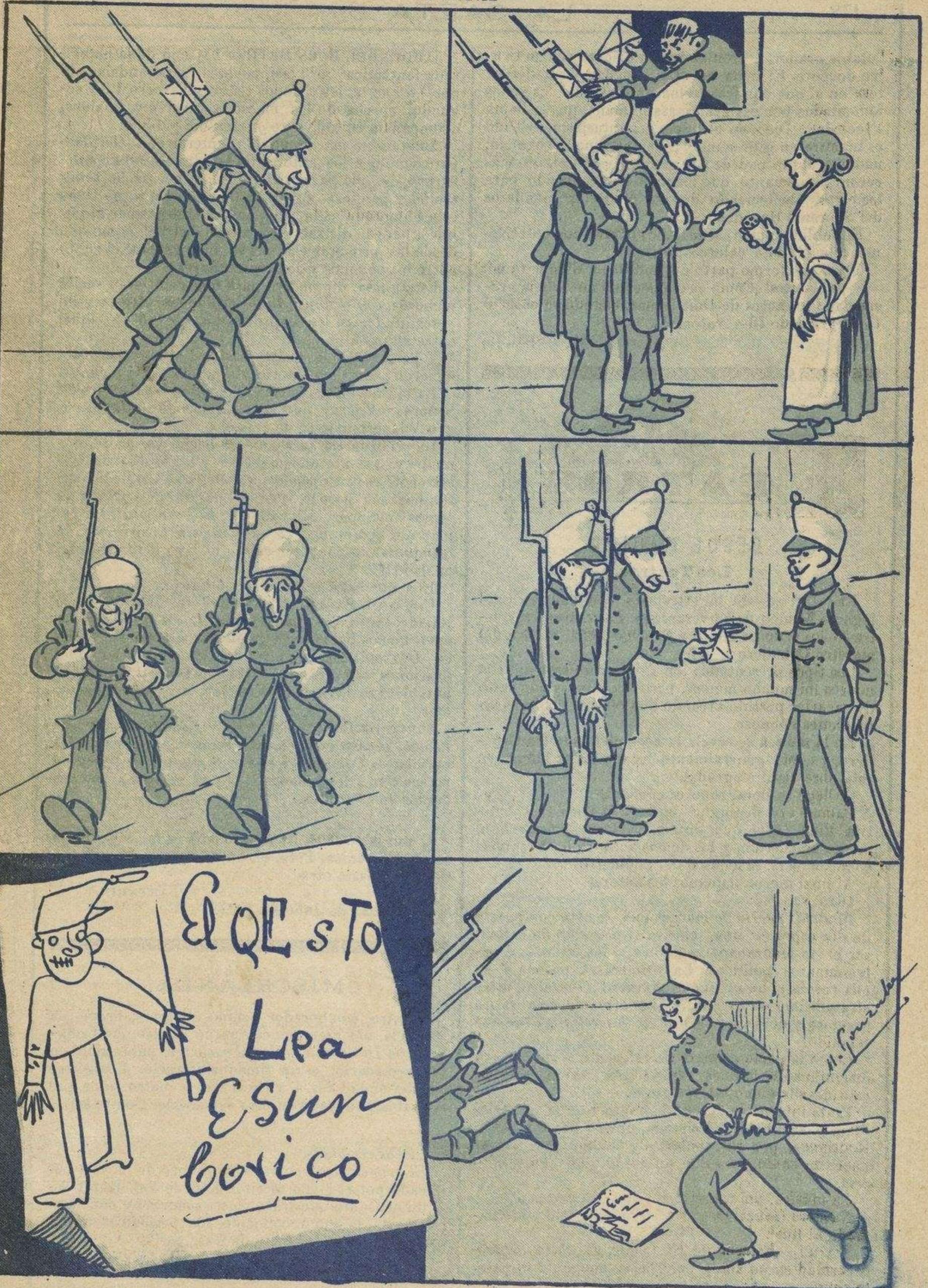
Y en efecto....



.....no volvió á quejarse.

LA SAETA

DIANA



Esto
Lea
es un
bovico

El que esto lea es.....

Notable orador, á pronunciar un discurso en un Centro docente. El tema es: «La Sociedad y sus defectos» en el que con frase elocuente expone los vicios fomentados por esa gran masa humana, que se llama «Sociedad» Dice, en el colmo del entusiasmo: «Todo es mentira en este mundo! ¡Las apariencias engañan; nadie siente ni padece por nadie, y esto es tanto más censurable, cuanto que los unos hemos nacido para los otros, obedeciendo de este modo los mandatos del Supremo Hacedor.»

El público que le escucha, le aplaude con entusiasmo, felicitándole calurosamente.

Y yo, que formo parte del auditorio, digo para mí:

—¡Inocentes! ¡Cómo se conoce que no habeis presenciado los actos de Don Dimas, cuando se enterró el desgraciado Don Antonio!

JOAQUIN MANINI (hijo)



DESDE MADRID

Los Teatros

RECOLETOS.—Se ha estrenado con buen éxito el juguete cómico-lirico-veraniego *Los extranjeros*, letra de los señores Larra y Sanchez Seña, música del maestro Caballero

Los tipos presentados en *Los extranjeros* no son nuevos (ni mucho menos), pero los autores han sabido sacarles partido creando con ellos verdaderas situaciones cómicas.

En la música se revela la nota del maestro Caballero, y como generalmente esta nota es buena, en esta obra resulta agradable.

¡Y llegó la hora, señores cómicos!

Palmada se distinguió en toda la línea. La señorita Pino, *li lá*, que dirían los franceses. Cerbón, menos amanerado y los demás actores, hechos unos cómicos de.... la legua ó del kilómetro.

Al final fueron llamados los autores.

Otro estreno:

Madrid puerto de mar; es una revista compuesta de dos especies: una, alusiva al proyecto de canalizar el río Manzanares, y la otra, á los últimos acontecimientos políticos. La primera es pésima y en ella revela el autor, señor Navarro Gonzalvo, estar atrasadísimo en Geografía. La segunda, una sátira graciosa y delicada; el *coro de los telegrafistas*, fué repetido.

Como la parte primera (la referente al río) es muy insignificante, la obra resulta una revista política; considerada como tal, me gusta.

En la interpretación se distinguieron: la señorita Pino, por su belleza; Palmada, por su buen trabajo; Rodríguez, por sus tonterías y Cerbón, por querer hacer un chulo y resultar un patán ó un chulo aburrío.

La música, del maestro Rubio, veraniega.

Navarro Gonzalvo, el revistero inagotable, fué llamado al final.

TÍVOLI.—Estreno de *El Conde de Peña oscura*, oscuridad en un acto, muerta la noche de su nacimiento.

Q. E. P. D. por los siglos de los siglos.

JARDIN DEL BUEN RETIRO. Estreno de la humorada fantástica *Salú* (así, como si fuera andaluza la obra) y *suerte*; letra de los señores Navarro 1.º y segundo, música de los maestros Álvarez y Chalons, acompañamiento de *coro-guason* del público.

Aunque no me he podido enterar con claridad, paréceme que los autores de la letra tratan de *enterrarnos* de que para vivir bien es necesario tener «salud y pesetas», (¡noticia fresca!). En sí, no tiene esta humorada nada que pueda entusiasmar al público; pero le distrae: ¡vaya si le distrae! como que desde las primeras escenas se hizo general el canto entre los cómicos y los espectadores.

Esta guasa, dió motivo para que repitieran varios números, con el único fin de prolongar otro poquito —según decían les improvisados cantantes— aquel entretenimiento.

Y para llevar la guasa hasta el último extremo, hicieron salir á los autores al final de *Salú y suerte*.

La ejecución, malísima. ¡Qué coros tan desiguales! Señoras *billeteras* ¡por las sandalias de Judas!, pongan Vds. un poquito de cuidado..

La señorita Lasheras, me ha hecho variar de opinión —y lo siento mucho— Creí, y a í lo dije cuando estrenó *Los cuatro palos*, que llegaría á triple de cartel; hoy me parece que no pasará de ser una de tantas anónimas. Me callé en *El gran petardo* «esperando tiempo mejor», mas en ésta (dispense V. la franqueza), lo poco que cantó, lo hizo mal y sin pizca de arte.

El señor Iglesias, regular... ó bueno.

CIRCO DE PARISH. La novedad del día es la *troupe* Rajade: tanto en la pantomima *Los albañiles*, de la cual hemos hablado en números anteriores, como en *Los músicos gigantes*, obtienen, diariamente, ovaciones tan grandes, como justas. Otro número notable: Los hermanos Whiteley, en las tres barras fijas.

CIRCO DE COLON. Entre las varias novedades que hemos presentado en esta semana, sobresalen los hermanos *Cañadas* y el clown *Rosco*, los primeros en sus ejercicios gimnásticos y el segundo con sus cerdos amaestrados.

**

Como la semana ha sido buena á mi me resulta larga la crónica. Pero, en fin, ¡cómo ha de ser! paciencia y hasta otra.

TARTARIN.

Madrid 21 de Julio de 1892.

MISCELÁNEA

Nuestro colaborador asiduo Antonio Serra, de Valencia, nos dice que el Aurelio Blasco que firmaba unos *Diálogos cogidos al vuelo* que publicamos en este semanario, es un timador literario. Los versos son del amigo Serra, y hacía tres ó cuatro años que los había publicado en otro semanario. Conste así.

**

Libros recibidos.

El primer desengaño es un esbozo de novela publicado por el joven escritor Luis de Val. Es interesante el asunto que trata y está manejado con facilidad. Así lo han reconocido los periódicos que se han ocupado en la obrita de Val.

Boceto crítico del teatro moderno, folleto escrito por D. Manuel Corral Mairá, merece leerse.

**

Juan quiso salir alcalde
y fueron tales sus tretas,
que salió efectivamente...
para el presidio de Ceuta

* **

En los toros.

El matador no hace más que acercar la muleta y se deja caer al suelo como herido por un rayo.

Acuden los dependientes de la plaza y se lo llevan á la enfermería.

El público silba.

—¡Cobarde! ¡Maleta! ¡Tumbón! gritan los más vehementes.

Entre tanto los médicos reconocen al diestro.

—No tiene usted nada,—dicen por último.

—¿Que no tengo?—replica el matador.—¿Y estos que no me deja dormir, no se cuenta? Miren ustedes como toso: ejém... ejém... ejém...

Los médicos le tiraron una botella de árnica á la cabeza.

* **

—No deje usted al niño que haga hondas—le decían á una mamá.—Con las hondas se tiran piedras.

—Bueno; pero las tiran... á los demás, costestaba aquella apreciable madre.

* **

A un bibliotecario muy bruto le decía un comerciante:

—Usted haría un excelente cajero.

—¿Por qué?

—Porque no tomaría nada de la caja como no ha tomado nada á los libros de la Biblioteca.

* **

En una oficina.

—Don Claudio, ahí está un accionista.

—Suéltale un palo.

—Es que no me atrevo.

—Por eso me gustaría ser un D. Antonio Cánovas, porque ese al menos tiene perros que soltar contra los que le molestan.

* **

—Don Claudio, se quejan los viajeros de que en esta línea roban hasta la respiración.

—Y á mi ¿qué? Lo esencial es que los ladrones no se condenen leyendo semanarios liberales, y de eso me encargo yo.

* **

En uno de los cafés donde se juega al tresillo en Barcelona, pillamos hace algunos años este chiste á Gabriel Llanas.

Estaba jugando, entre otros, con un buen señor que tenía unas manos enormes, manos que podrían servir de muestra de guantero.

Barajaba el aludido las cartas y Llanas le miraba atentamente.

De repente le dice:

—Caballero ¿Se deja usted las manos?

Todos los que estábamos allí soltamos la carcajada.

* **

Exámenes de derecho.

—¿Qué es patrimonio?

—El caudal que se hereda del padre.

—¡Hombre! ¿Y si se hereda de la madre?

—Entonces... ¡ello mismo lo dice! es matrimonio.

—Muy bien, bolonio.

* **

—Pero diga usted, doctor ¿está grave don Cucufate?

—Gravísimo.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Nada, que le pidieron cien duros á bocajarro.

* **

Por el correo interior hemos recibido un anónimo que dice:

«Tumor Putrefacto se ha propuesto no dejarle á usted sosegar, segun ha dicho en una timba.

Péguele usted fuerte.»

El anónimo comunicante debiera decirnos quien es ese Tumor Putrefacto, porque por esas señas no es fácil que le conozcamos.



Viva mi dueño. Madrid.—Lo insertaré.

A. de O. Madrid.—La idea de *El burro cómico* me gusta, pero en cincuenta versos pone usted diez veces el mismo asonante y eso hace mal al oído. De las cositas irán algunas.

A. G. M. Madrid.—Ya creo que me la ha enviado. Las dos irán. No me exija que le conteste particularmente porque estoy ocupadísimo. Si se retrasan algo los originales, lo mismo á V. que á los que se hallan en su caso les suplico que me dispensen. Tengo material para diez Saetas.

L. G.—No va bien para este semanario.

E. de L. Sevilla.—No lo habré recibido si no he contestado.

P. M.—Irá, pero no me meta prisa.

Teodorito.—Irán saliendo.

R. O. Madrid.—Irá algun cantar.

A. B. C.—El romance tiene poca miga. Leeré el artículo y si puede ir, irá.

F. S. Cartagena.—No sirve.

Canuto. Madrid.—Irán algunos.

Moreno.—No sirve nada.

Cucufate.—Lo pondré.

La Raposa. Madrid.—No habrá Almanagues; no habrá indice; no habrá número extraordinario. Eso me ha dicho el propietario.

A. S. Valencia.—Lo pondré. Aclararé eso.

Imo Tallers, 51 y 53

FOTOGRAFÍAS INTERESANTES

Catálogo 50 céntimos en sellos de correo

The Publishing Office—Amsterdam

CORRESPON:AL EN BARCELONA

para la venta de los periódicos de Madrid

La Correspondencia, El Liberal, El Globo,

El Pais y El Correo

Don Pedro Motilba, Rambla del Centro
Kiosco núm. 5.

En dicho kiosco se proporcionarán números atrasados de los periódicos antes citados al que lo desee.

UN ANÉMICO



Estos baños de impresión
que el médico me receta
van á ser mi salvación,
¡zapateta!

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.—Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo